

DAN BROWN

TRAS LA PISTA DE LOS MASONES

Más expectación, imposible. Un mes antes de su publicación ya era el libro más vendido. *El símbolo perdido*, del superventas americano Dan Brown, está a punto de llegar. Esta vez el profesor Robert Langdon, quien protagonizó *El código Da Vinci*, no desentraña intrigas del Vaticano ni solivianta al Opus Dei. El escritor Javier Sierra se adelanta a Langdon en la búsqueda de los secretos masónicos en el mismísimo Washington.

La Calle 16 es una tranquila avenida residencial algo alejada de los lugares más turísticos de Washington D. C. Allí, salvo que se busque *ex profeso*, parece difícil encontrar algo interesante que ver. Pero lo hay. A medio camino, los bloques de apartamentos y el paseo arbolado se interrumpen para dar paso a todo templo griego. Se trata de un edificio mastodóntico, fuera de lugar que, precisamente, por esa razón estaba en mi lista de lugares a visitar. Sucedió el pasado mes de diciembre, a nueve meses vista de la publicación de la nueva novela de Dan Brown. Entonces, claro, ignoraba que su nuevo *best seller* arrancaría justo tras esos muros de granito macizo.

Admito que mi elección no fue del todo casual. Hacía un par de años que corría como la pólvora el rumor de que Brown había elegido la capital federal de Es-

tados Unidos como escenario para su nueva novela. Tras el éxito de *El código Da Vinci* -80 millones de copias vendidas, un juicio por plagio fallado a su favor y una superproducción de Hollywood protagonizada por Tom Hanks-, cualquier filtración *browniana* se cotizaba como el oro en el inquieto mundillo de editores y autores. De hecho, hasta poco antes de que la obra se publicara en inglés, el 15 de septiembre, las pistas fidedignas sobre su contenido eran más bien escasas. Apenas sabíamos que se titularía *La llave de Salomón* y que tendría como eje argumental el simbolismo masónico de esa ciudad.

Tan escasos mimbres me divertieron de inmediato. Las últimas navidades me obligaron a pasar unos días en Washington, así que decidí -poniendo mi mente de novelista a toda máquina- matar mi tiempo libre colándome en los posibles arca-

nos de esa novela y tratar de adelantarme a lo que pronto iba a leer con pasión la mitad del planeta. Ahora sé que enfilarse la Calle 16 fue la mejor de mis decisiones.

Más o menos en el centro de esa vía se levanta una réplica perfecta del templo funerario del rey Mausolus, el original Mausoleum de Halicarnaso, una de las desaparecidas siete maravillas del mundo antiguo. Washington está repleto de esa clase de imitaciones: fachadas de templos romanos, cúpulas como la de San Pedro del Vaticano e incluso del Faro de Alejandría se hallan en toda el área de Virginia. Pero ninguna de ellas se esconde en un apartado barrio residencial, como si temiera ser descubierta.

Flanqueada por dos esfinges de piedra rotuladas con jeroglíficos egipcios, el dintel de su monumental puerta exhibe una inscripción en letras de oro: "Los masones

construyen sus templos en el corazón de los hombres y entre las naciones". Toda una declaración de principios para el edificio que hoy acoge el cuartel general de los masones del Rito Escocés, los más extendidos del mundo. Cuando llamé a sus puertas, nadie sabía en qué lugar iba a dejarlos la novela de Brown, pero la preocupación flotaba en el ambiente. "No entraremos en polémica", me dijeron en su biblioteca, la sala de lectura pública más antigua de todo Washington. "Eso es seguro. Los masones no somos ninguna secta; ni siquiera una religión. Es todo lo que puedo decirle".

Poco antes de publicarse, la novela de Brown cambió de título. Dejó de llamarse *La llave de Salomón* para convertirse en *El símbolo perdido*. Su argumento, sin embargo, se conservó intacto y en él los masones han salido mejor parados de lo que esperaban. →

por Javier Sierra*

LITURGIAS Y RITOS DE UNA SOCIEDAD OCULTA

La francmasonería o masonería es una organización filantrópica y filosófica nacida en el siglo XVIII en Europa. Sus miembros se marcan como objetivo la unión con la naturaleza y la divinidad obtenida mediante el ennoblecimiento en el obrar. Se les exige un trabajo constante de perfección moral e intelectual.

EL TEMPLO

Cada logia tiene en su templo objetos simbólicos, necesarios para la celebración de los ritos.

LAS LOGIAS

Los masones se agrupan en **logias** y se reúnen en un **templo**. Allí celebran sus ritos, tras los que se imparten conferencias que luego se debaten. Existen distintos rituales, pero el más extendido en Europa es el rito escocés. En la logia de base, llamada **simbólica**, se acoge a masones de los tres primeros grados (aprendiz, compañero y maestro).



Guantes blancos

Mandil
Mallote

Un masón con grado de **maestro** dirige la logia. Recibe el apelativo de **venerable maestro**; el mallote es el atributo de su función.

INICIACIÓN

La logia vota para decidir la admisión de un aspirante a masón. Si resulta admitido, debe permanecer a solas en un cuarto sin luz (la **cámara de reflexión**) antes de acceder al templo para cumplir con el ritual iniciático, durante el cual lleva un brazo y una rodilla desnudos, y los ojos vendados.



El nuevo masón jura guardar secreto sobre los trabajos de la logia. Este secretismo ha fomentado gran cantidad de teorías conspirativas.



Se recomienda que el techo esté pintado de azul o con un motivo que recuerde el cosmos.

La cuerda simboliza los lazos de fraternidad que unen a los masones.

El **venerable maestro** se sienta en el lado oriental, sobre un estrado que tiene entre tres y cinco peldaños en recuerdo a la entrada al templo de Salomón.

Los hermanos se sientan en los lados norte y sur.

El suelo en damero simboliza la dualidad cósmica de los principios activo y pasivo.

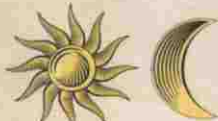
La entrada al templo se sitúa en el lado occidental. La flanquean dos columnas que evocan a Jakin y Boaz, las que, según la tradición, había en el acceso al templo de Salomón.

SÍMBOLOS MASÓNICOS

Desde los orígenes de la masonería, muchos símbolos se vinculan con el oficio de tallador de piedra. La interpretación de estos símbolos es sumamente abierta y se invita a los masones a reflexionar sobre su sentido.



El **Delfín**, el Gran Arquitecto del Universo, principio creador.



El **Sol** y la **Luna**: principios activo y pasivo del universo.



Compás y **escuadra**: herramientas de constructores. La "**G**" significa Geometría, Génesis y Génesis.



Piedra bruta: el caos precósmico, la materia pasiva.



Piedra tallada: la parte cósmica representa el cosmos; la pirámida, su relación con el principio creador.



Martillo y **cincel**: herramientas del tallador de piedra, símbolo de la voluntad de mejora moral y espiritual.



Nivel: encuentro del mundo material (horizontal) con el espiritual (vertical).

LOS ORÍGENES



La gran mayoría de los masones atribuye el origen de su tradición a **Hiram**, el mítico arquitecto del templo de Salomón en Jerusalén. De hecho, las referencias al templo de Salomón son constantes en la simbología masónica.



Menos mítica es la atribución del origen de la masonería a rituales iniciáticos que se celebraban en los gremios medievales de carpinteros y talladores de piedra. Las logias también acogían ocasionalmente a miembros ajenos al gremio, que eran conocidos como **aceptados**.



Las **Constituciones de Anderson**, publicadas en Londres en 1723, sientan las bases de la masonería moderna. Pertenecer a un gremio deja de ser requisito para ser iniciado en los ritos masónicos, saltando así de la masonería **operativa** a la masonería **especulativa**, menos mística y más filosófica.

MASONES ILUSTRES



W. A. Mozart



Rudyard Kipling



Agustín Argüelles



Manuel Azaña

Casi todos los musicólogos coinciden en que su ópera **La flauta mágica** es de inspiración masónica y recoge algunos aspectos de sus ritos. El autor del libreto, Emanuel Schikaneder, también era masón.

El autor de **El libro de la selva** también escribió **El hombre que pudo reinar**. En este último, adaptado al cine por John Huston, la masonería y sus símbolos desempeñan un papel importante.

El presidente de las Cortes de Cádiz destacó por sus discursos en favor de la libertad de prensa y contra la Inquisición. Posteriormente fue ministro de Interior, presidente del Congreso y tutor de la reina Isabel II.

Este destacado político y orador, presidente de la II República que se tuvo que exiliar en las postrimerías de la guerra civil española, fue, además, un prolífico escritor y un intelectual de talla.



ESCENARIOS NOVELESICOS. La Sala de estatuas nacionales del Capitolio, (1), la Casa del Templo Masónico del Rito Escocés (2) y el Washington Memorial (3) aparecen en el nuevo libro de Brown.

"La masonería es un sistema moral, velado en alegorías e ilustrado por símbolos", dice al principio de la obra uno de los protagonistas de *El símbolo perdido*. Brown ha vuelto a elegir bien. Al menos, para el lector estadounidense.

En el país de Obama es mucho más que una sociedad discreta -no admiten el adjetivo de "secreta"-; se ve como una institución filantrópica que presta ayudas de todo tipo a quienes pertenecen a ella, una especie de Seguridad Social *avant-la-lettre* (precursora) que funciona impecablemente. De hecho, sólo entre las familias de masones que perdieron a alguien en los atentados del 11-S han repartido ya 980.000 dólares, más otro casi millón y medio de sus arcas que ha ido a parar a organizaciones de emergencia, policía y bomberos.

MASONES BUENOS. Al contrario de lo que sucede en España, donde se los ignora, en Estados Unidos son más que respetados. Quizá por eso Brown los trata con más benevolencia que a los miembros del Opus Dei de su anterior novela. "Toda la filosofía masónica se levanta sobre la honestidad y la integridad", dice Robert Langdon, protagonista de esta nueva novela, en un momento de la trama. "Los masones se encuentran entre los hombres más honorables que puedas esperar conocer".

Pero debo precisar algo. Si bien *El símbolo perdido* arranca en el corazón de la masonería de Washington, la acción salta de inmediato al corazón del Capitolio. Situado a 10 minutos en taxi de sus esfinges, en la sala circular que se abre bajo su imponente cúpula aparece una mano humana cercenada, cubierta de extraños tatuajes. Langdon, el profesor de Simbología

en Harvard y ha protagonizado todas las novelas de Brown desde *Ángeles y Demonios*, es llevado mediante engaños hasta allí para descubrir que alguien ha *tuneado* ese órgano con el propósito de asemejarlo a un antiguo símbolo iniciático: la mano de los misterios.

Seguir las pistas que se abren ante él en las siguientes horas, se convertirá en el eje de la trama de un relato trepidante sembrado de imágenes evocadoras: estatuas y cuadros en los que George Washington -masón por más señas, como casi la mitad de los 43 presidentes que lo han sucedido- aparece representado como un dios griego, una pirámide truncada hallada en los sótanos del Capitolio, un grabado de Durero, cuadros mágicos, un viejo alfabeto de los primeros masones... En resumen, todo lo que estaban esperando de Brown sus lectores desde hace cinco años.

Pero lo más curioso es lo que Langdon termina persiguiendo: una pirámide oculta en el corazón de Washington D.C. Y digo lo más curioso porque eso fue, precisamente, lo que fui a buscar aquella fría mañana de invierno a las puertas del templo de la Calle 16.

David Ovason, historiador y experto en astrología que ha publicado notables ensayos sobre los ritos iniciáticos del mundo antiguo o acerca de Nostradamus, fue quien me puso sobre la pista. Él cree que "padres de la patria" como Washington, Jefferson o

Franklin quisieron levantar una nación sobre los principios básicos de la masonería, llenando la Capital Federal con sus símbolos. Uno de ellos -acaso el fundamental- era una pirámide truncada con 13 escalones, símbolo de la sempiterna búsqueda humana de la perfección. Apreció por primera vez en el billete de

dólar diseñado en 1935. El gran sello que figura en su reverso fue concebido durante la presidencia Roosevelt (1933-1945) y el mandato de Henry Morgenthau como secretario del Tesoro, ambos masones de alto grado. Pero, ¿se inspiraron en un monumento real?

¿UN GRAN SECRETO? En su novela, Brown especula con la posibilidad de que, en efecto, exista esa pirámide oculta en algún rincón de la capital. La llama la pirámide masónica. De hecho, sería una construcción pensada para proteger los secretos más antiguos de la orden que, de desvelarse, podrían cambiar dramáticamente el curso de la Historia. Una idea seductora que, sin embargo, no es original de Brown. Ovason creyó mucho antes en ella, e incluso intérpretes modernos de este superventas, como el español Enrique de Vicente, admiten que es muy vieja.

De Vicente, que ya ultimaba hace un año su ensayo *Claves ocultas del símbolo perdido*, me lo explicaba así antes de mi viaje a Washington: "Muchos creen que antes de la independencia de Estados Unidos, algunos masones sembraron allí los secretos de la Antigua Sabiduría, en la certeza de que harían germinar una sociedad libre". Pero, ¿secretos físicos?, le pregunto. "¿Y por qué no?".

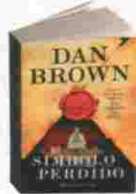
Robert Langdon, un personaje de ficción en cuya piel bien podría encajar el propio De Vicente, perseguirá esos secretos en los sótanos del Capitolio y los de la cercana Biblioteca del Congreso. Y al final los encontrará en... ¡Un momento! Flaco favor haría a sus lectores destripando el clímax de esta novela. Tan sólo diré que, al descifrar los jeroglíficos egipcios que los masones esculpieron en 1915 sobre las dos esfinges de 17 toneladas que guardan su templo de la Calle 16, me llevé una gran sorpresa. La de la derecha exhibe un texto redactado con una gramática muy simple: "Él ha hecho firme, ha perpetuado". La de la izquierda, más seria, dice: "La pirámide que está en [ininteligible]".

Brown no tradujo ni incluyó esas inscripciones en su obra. No las necesitó. Pero si hubiera echado un vistazo al jardín trasero de la réplica del Mausoleum y se hubiese situado frente al edificio mirándolo desde la única casa coronada por una cruz de todo el barrio, hubiera descubierto la pirámide de 13 escalones que pudo haber inspirado a Roosevelt su gran sello.

Curiosamente, para Brown la pirámide masónica es otra. No importa. Aunque nadie se haya fijado hasta ahora, Washington D. C. está llena de ellas. Hacerlas visibles a los ojos de todos es el nuevo milagro de Dan Brown. ☒

"Javier Sierra es autor de best sellers como *La dama azul* o *La cena secreta*."

EL SÍMBOLO PERDIDO (EDITORIAL PLANETA). DE DAN BROWN. SALE A LA VENTA EL PRÓXIMO 29 DE OCTUBRE.



GUÍA DE LOS ENCLAVES MASÓNICOS EN ESPAÑA

El primer decreto de Franco contra las actividades masónicas, fechado en septiembre de 1935 en Tenerife, ordenaba la quema de los documentos de las logias, la confiscación de



sus locales y la eliminación de todos los símbolos de la masonería, incluyendo los esculpidos en las lápidas de los cementerios. Sin embargo, aquel decreto no sirvió para eliminar todas sus huellas en España, y aún hoy es posible visitar monumentos como el templo masónico de Santa Cruz de Tenerife (imagen superior), inaugurado en 1902, que debe su conservación a que fue incautado por la Falanga y convertido en dependencia del Ministerio de Defensa durante la dictadura. Esta bellísima construcción, único ejemplo de edificio construido *ex profeso* como logia en nuestro país y Bien de Interés Cultural desde 2007, está en la



calle de San Lucas y destaca por su dintel triangular, donde está tallado el ojo del Gran Arquitecto.

Por tierras peninsulares, seguiremos la ruta en Huelva, en Isla Cristina, donde se alza la Casa Patio San Francisco, sede de una logia creada en 1890 y cuya fachada exhibe aún los blasones masónicos. En Jaén, se encuentra el Palacio de los Cabañales Nicuesa o Casa de los Masones, donde en 1810 se ubicó la primera logia de la ciudad. Y en Elche (Alicante) se puede visitar la Torre Calahorra (foto del centro). De origen árabe, albergó en el siglo XIX la fundación de otra logia. Según algunos entendidos, la Capilla de Mosén Rubí o Templo de la Anunciación, de Avila, fue costeada y edificada por masones para servir de hospedería a los campesinos pobres. Dicen que es anacrónica, pero sus defensores aseguran que contiene claves masónicas como los emblemas de las vidrieras, el ábside y las columnas.

En la Ciudad Condal, el Ayuntamiento ha editado la obra *Paseos por la Barcelona masónica*, de Xavier Casinos, donde se guía al



viajero curioso por lugares como la Biblioteca de La Fraternidad, en la Barceloneta, o la antigua caja de reclutas en el Convento de Sant Agustí. Muy entretenido resulta buscar simbolismos y alegorías en el Parque Güell o en la Sagrada Família. En Madrid, la Puerta del Sur, la fachada del Ministerio de Agricultura, en Atocha (foto inferior), la ermita de San Antonio de la Florida o la antigua Escuela de Ingenieros de Caminos ostentan también emblemas masónicos. Pero quizá el vestigio más curioso de la ciudad lo constituya el restaurante La Capilla de la Bolsa, en la calle del mismo nombre, donde es posible comer bajo los muros que albergaron el lugar de reunión de la primera logia masónica de España.